Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION 1987

				B	R
1	9	3		4	0
1	9	3	5	2	0
6	2	8	4	1	0
9	5	3	8	0	2
7	6	4	5	0	1



SHUGA

Página/2/3

Verano/12

PUNTO DE VISTA

(Por Juan José Millás) ¿De qué depende amanecer torpe o feliz? ¿De qué, al enfocar la mirada tras el sonido del despertador, estemos tristes o dichosos? Todo es un misterio. Nada hay más complicado que la sala de máquinas de un bípedo; ni siquiera sabemos dónde está esa sala que arbitrariamente fabrica miedo o alegría. Lo único que sabemos es que cuando la desesperación nos lleva al borde del precipicio algo nos salva, del mismo modo que cuando estamos al borde de la dicha algo nos retira. Decía un personaje de una novela de Mario Lacruz (cito de memoria) que, finalmente, todo conduce a un término medio en el que ni la desdicha es excesiva ni la felicidad insoportable.

Hemos visto los rostros de los orientales observando, perplejos, los nuevos escaparates de sus tiendas. Quizá se sientan como Alicia al otro lado del espejo. Creo recordar que, en aquel relato, lo que antes estaba a la izquierda luego estaba a la derecha. Quizá lo que antes de ayer era malo hoy sea bueno, y viceversa. Bien mirado, el punto de vista de la historia sufre tantas alteraciones como el estado de ánimo de los individuos. La historia se despierta un día de buen humor y derriba el mismo muro que construyó un día en el que se despertó desesperada.

Parece, pues, que el punto de vista desde donde observamos la realidad depende de las cosas que están fuera de nuestro dominio. Por eso, es mejor observarla desde el lugar que menos sufrimiento nos produzca. Así, si esta mañana ha escapado usted de las sábanas con la tristeza de un cadáver, busque un punto de vista más consolador. Intente ver las cosas desde donde las mira su cuñada. Repita este ejercicio cada día y en tres meses habrá perdido su identidad, si alguna tenía, y se habrá colocado al otro lado del espejo, allí donde la felicidad sólo estriba en tener unos Lewis etiqueta roja.

SHUGA

Por Ingrid Tempel

Ingrid Tempel nació en Montevideo en 1947. Ha vivido en Buenos Aires y Caracas. Actualmente trabaja en el servicio latinoamericano de la AFP en París. En Uruguay ha publicado dos libros de poemas: "Marea baja" (Ediciones de la Banda Oriental, 1985) y "Sonrisa al fondo del agua" (Trilce, 1990). El cuento que se publica a continuación es inédito y forma parte de un volumen que aparecerá próximamente en Madrid y en París.

Marc tiene la mala costumbre de poner una y otra vez sus discos preferidos y de esa forma ha logrado que yo me hartara de melodías que alguna vez me gustaron con locura, como cuando Georges Brassens canta "La princesse et les croquenotes" o la trompeta de Roy Eldrige irrumpe en "I Surrender Dear" con un lamento que me pone la carne de gallina.

Esa era la canción que escuchaba cuando entré a la librería con la cámara apoyada en el hombro, como un verdadero profesional, y bajó de la escalera dejando caer una pila de libros para abrazarme con ese jadeo de los hombres obesos que acaban de realizar un gran esfuerzo.

Mientras escuchaba los arpegios de Art Tatum lo imaginé vestido de frac, perdiendo dinero en un casino de la Costa Azul, igual que una de esas películas de los años setenta que siempre terminaban junto a una ruleta.

Eso no significa que frecuente los casinos. He visto muchos en el cine y me gustaría probar suerte, pero desde que Irene se descuidó me veo obligado a medir mis gastos. Esta filmadora la tengo gracias a "Shuga", que el domingo en la tercera carrera adelantó por la izquierda, provocando un enorme alboroto entre los apostadores y el final de mi mala racha. Al verlo sacar ventaja grité como en mis mejores sueños de victoria y me precipité a la cerca para ver mejor, pero no creí que hubiera ganado hasta que los resultados aparecieron en las pantallas.

Irene me siguió a la taquilla sonriendo, meciéndose en el sofocante aire de la tarde tras ese vientre que la obligaba a agarrarse de las costuras de mi campera cuando andábamos en moto. Después de cobrar la invité a tomar un medio de cerveza fuera de Maisons-Laffite, para huir de los espectadores que continuaban vociferando en las gradas. Todavía ignoraba lo que haría con el dinero: cuando uno lleva años perdiendo todos los domingos y el sueño de dar el golpe se desvanece gradualmente, deja de hacer planes.

Nos sentamos en la terraza de un café a brindar por mi éxito. Hundí los labios en la espuma mientras intentaba reconocer las fragmentarias imágenes de mi infancia que nuevamente me hostigaban con su olor a salitre. Los murmullos de la calle crearon súbitamente un espacio de bordes irregulares, como si me hubiera sumergido en un pozo de aguas turbias y me fuera imposible distinguir sus límites. Pronto Irene sería vencida por el sopor y me vería obligado a llevarla a la habitación, abandonándola al gradual aumento de ese otro latido que palpitaba en su cuerpo.

El lunes desayuné en el café, siguiendo el vuelo circular de las golondrinas en la mañana traslúcida. El hecho de poseer esa suma me daba confianza, como si la felicidad consistiera en ese momento de inacción durante el cual se barajan varias posibilidades. Observé los grupos que se hacían y se deshacían ante los puestos del mercado, el paso del acordeonista ciego, los vendedores de frutas, queso y pescado que se afanaban con la certeza de que todos sus días serían iguales. Y la palabra libertad significó para mí caminar a lo largo de la feria, tomar el metro hasta el comercio que vende filmadoras de segunda mano, escoger una rápidamente y salir con ella colgada del hombro.

Todavía no había intentado filmar a los desconocidos que deambulan por la calle. Me limitaba a espiar sus gestos, como el cazador que se mimetiza entre los arbustos para atrapar al animal en el instante preciso en que salta y descubre su punto más vulnerable. Quizás todos los principiantes comiencen como yo, utilizando los sueños de la gente que tienen más próxima para componer el bosquejo inicial de una historia.

Las opiniones de Marc, como las de mucha gente, no dependen de la suma de sus conocimientos sino de su última experiencia. Desde que su esposa pidió el divorcio y se fue con su hija a Niza, dejándole la ocupación de atender la librería y enviarle la mitad de sus ganancias, odia el género femenino. Por eso todavía no le dije que estoy viviendo con una mujer: me sometería a un fastidioso discurso sobre la imposibilidad de confiar en ella y el peligro de que un día se alce con todo. Pero yo soy un modesto empleado que carece de propiedades y sólo puedo salir ganando. Irene se ocupa de mi ropa y de la comida, y cuando no me alcanza para apostar me da dinero. Por ahora, con eso me basta.

A veces la observo mientras duerme. Después que anochece, el paso de los vehículos por el callejón provoca un ligero estremecimiento en el marco de la ventana y lleva ambas manos a su vientre, como si quisiera mantenerlo anclado para siempre en el sueño. Un prolongado hábito de tristeza ha curvado su boca, pero su cabellera morena mantiene la ilusión de adolescencia y si en la noche parece más pequeña es porque el temor la lleva a adoptar una postura de gata perseguida entre las sábanas.

Es en esos momentos, cuando huyendo de los espectros que pueblan sus pesadillas se refugia en un espacio delimitado por mi propio cuerpo y los barrotes de la cama, buscando protección, que verdaderamente la odio.

Entonces aprieto los dientes y me alejo, ella es más fuerte que yo, su transformación está destinada a someterme paulatinamente. Creo que en el fondo aborrezco su capacidad de sufrimiento, su decisión de llevar la inactividad hasta sus últimas consecuencias, su mansedumbre.

Ese lunes, Marc y yo estábamos dispuestos a todo. El calor sacaba de sus madrigueras a hombres y mujeres que mezclándose en una muchedumbre anárquica se unían y se separaban alrededor de Les Halles, como si en el curso de su vagabundeo fueran a hallar una compensación a su prolongado encarcelamiento invernal.

Yo los veía acercarse, rodear a los cómicos, los sosías de Charlie Chaplin, los músicos que imitaban la locura y el desamparo de los reyes del bebop en la explanada del Beaubourg. Marc había cerrado la librería y llevaba el bolso de mi cámara, tan entusiasmado como yo por nuestra labor de aficionados. Filmé esa corte de los milagros durante un par de horas y luego regresamos a la librería para trabajar un poco. Pero estábamos demasiado excitados y aprovechábamos cada pausa para hacer planes, como dos adolescentes que por primera vez van a salir de viaje sin los padres.

Gracias a "Shuga", Marc inició una carrera literaria que postergaba desde que compró la librería y las dosis masivas de literatura lo convencieron de su ineptitud. Yo atendía



SHUGA

Por Ingrid Tempel

Ingrid Tempel nació en Montevideo en 1947. Ha vivido en Buenos Aires y Caracas. Actualmente trabaja en el servicio latinoamericano de la AFP en París. En Uruguay ha publicado dos libros de poemas: "Marea baja" (Ediciones de la Banda Oriental, 1985) y "Sonrisa al fondo del agua" (Trilce, 1990). El cuento que se publica a continuación es inédito y forma parte de un volumen que aparecerá próximamente en Madrid y en París.

Marc tiene la mala costumbre de poner una y otra vez sus discos preferidos y de esa forma ha logrado que yo me hartara de melodías que alguna vez me gustaron con locura, como cuando Georges Brassens canta "La princesse et les croquenotes" o la trompeta de Roy Eldrige irrumpe en "I Surrender Dear" con un lamento que me pone la carne de gallina.

Esa era la canción que escuchaba cuando entré a la librería con la cámara apoyada en el hombro, como un verdadero profesional, y bajó de la escalera dejando caer una pila de libros para abrazarme con ese jadeo de los hombres obesos que acaban de realizar un gran esfuerzo.

Mientras escuchaba los arpegios de Art Tatum lo imaginé vestido de frac, perdiendo dinero en un casino de la Costa Azul, igual que una de esas películas de los años setenta que siempre terminaban junto a una ruleta.

Eso no significa que frecuente los casinos. He visto muchos en el cine y me gustaría probar suerte, pero desde que Irene se descuidó me veo obligado a medir mis gastos. Esta filmadora la tengo gracias a "Shuga", que el domingo en la tercera carrera adelantó por la izquierda, provocando un enorme alboroto entre los apostadores y el final de mi mala racha. Al verlo sacar ventaja grité como en mis mejores sueños de victoria y me precipité a la cerca para ver mejor, pero no creí que hubiera ganado hasta que los resultados aparecieron en las pantallas.

Irene me siguió a la taquilla sonriendo, meciéndose en el sofocante aire de la tarde tras ese vientre que la obligaba a agarrarse de las costuras de mi campera cuando andábamos en moto. Después de cobrar la invité a tomar un medio de cerveza fuera de Maisons-Laffite, para huir de los espectadores que continuaban vociferando en las gradas. Todavía ignoraba lo que haría con el dinero: cuando uno lleva años perdiendo todos los domingos y el sueño de dar el golpe se desvanece gradualmente, deja de hacer planes.

Nos sentamos en la terraza de un café a brindar por mi éxito. Hundí los labios en la espuma mientras intentaba reconocer las fragmentarias imágenes de mi infancia que nuevamente me hostigaban con su olor a salitre. Los murmullos de la calle crearon súbitamente un espacio de bordes irregulares, como si me hubiera sumergido en un pozo de aguas turbias y me fuera imposible distinguir sus límites. Pronto Irene sería vencida por el sopor y me vería obligado a llevarla a la habitación, abandonándola al gradual aumento de ese otro latido que palpitaba en su cuerpo.

El lunes desayuné en el café, siguiendo el vuelo circular de las golondrinas en la mañana traslúcida. El hecho de poseer esa suma me daba confianza, como si la felicidad consistiera en ese momento de inacción durante el cual se barajan varias posibilidades. Observé los grupos que se hacían y se deshacían ante los puestos del mercado, el paso del acordeonista ciego, los vendedores de frutas, queso y pescado que se afanaban con la certeza de que todos sus días serían iguales. Y la palabra libertad significó para mí caminar a lo largo de la feria, tomar el metro hasta el comercio que vende filmadoras de segunda mano, escoger una rápidamente y salir con ella colgada del hombro.

Todavía no había intentado filmar a los desconocidos que deambulan por la calle. Me limitaba a espiar sus gestos, como el cazador que se mimetiza entre los arbustos para atrapar al animal en el instante preciso en que salta y descubre su punto más vulnerable. Quizás todos los principiantes comiencen como yo, utilizando los sueños de la gente que tienen más próxima para componer el bosquejo inicial de una historia.

Las opiniones de Marc, como las de mucha gente, no dependen de la suma de sus conocimientos sino de su última experiencia. Desde que su esposa pidió el divorcio y se fue con su hija a Niza, dejándole la ocupación de atender la librería y enviarle la mitad de sus ganancias, odia el género femenino. Por eso todavía no le dije que estoy viviendo con una mujer: me sometería a un fastidioso discurso sobre la imposibilidad de confiar en ella y el peligro de que un día se alce con todo. Pero yo soy un modesto empleado que carece de propiedades y sólo puedo salir ganando. Irene se ocupa de mi ropa y de la comida, y cuando no me alcanza para apostar me da dinero. Por ahora, con eso me basta.

A veces la observo mientras duerme. Después que anochece, el paso de los vehículos por el callejón provoca un ligero estremecimiento en el marco de la ventana y lleva ambas manos a su vientre, como si quisiera mantenerlo anclado para siempre en el sueño. Un prolongado hábito de tristeza ha curvado su boca, pero su cabellera morena mantiene la ilusión de adolescencia y si en la noche parece más pequeña es porque el temor la lleva a adoptar una postura de gata perseguida entre las sábanas.

Es en esos momentos, cuando huyendo de los espectros que pueblan sus pesadillas se refugia en un espacio delimitado por mi propio cuerpo y los barrotes de la cama, buscando protección, que verdaderamente la odio.

Entonces aprieto los dientes y me alejo, ella es más fuerte que yo, su transformación está destinada a someterme paulatinamente. Creo que en el fondo aborrezco su capacidad de sufrimiento, su decisión de llevar la inactividad hasta sus últimas consecuencias, su mansedumbre.

Ese lunes, Marc y yo estábamos dispuestos a todo. El calor sacaba de sus madrigueras a hombres y mujeres que mezclándose en una muchedumbre anárquica se unían y se separaban alrededor de Les Halles, como si en el curso de su vagabundeo fueran a hallar una compensación a su prolongado encarcelamiento invernal.

Yo los veía acercarse, rodear a los cómicos, los sosías de Charlie Chaplin, los músicos que imitaban la locura y el desamparo de los reyes del bebop en la explanada del Beaubourg. Marc había cerrado la librería y llevaba el bolso de mi cámara, tan entusiasmado como yo por nuestra labor de aficionados. Filmé esa corte de los milagros durante un par de horas y luego regresamos a la librería para trabajar un poco. Pero estábamos demasiado excitados y aprovechábamos cada pausa para hacer planes, como dos adolescentes que por primera vez van a salir de viaje sin los padres.

Gracias a "Shuga", Marc inició una carrera literaria que postergaba desde que compró la librería y las dosis masivas de literatura lo convencieron de su ineptitud. Yo atendía a los clientes y él se escondía en el depósito (una cava más apropiada para almacenar vinos que para sentarse a escribir) e insistía en su incómoda labor.

Todos llegamos a un momento de saturación en el cual nuestro trabajo, las personas que nos rodean y la rutina se convierten en una gigantesca deuda que hemos contraido con nosotros mismos. Entonces, las diminutas voces de protesta que antes nos saludaban al amanecer, cuando aterrados por el comienzo de un nuevo día nos mirábamos en el espejo, se transforman en un alarido de impotencia.

Mi adquisición se convirtió así en el instrumento catalizador de la furia acumulada por Marc. Pero lo que para unos es un acto liberador puede constituir para otros el comienzo de la esclavitud. A medida que avanzaba la semana, mi jefe prolongaba su reclusión en el local subterráneo, dejándome la tarea de atender a los clientes, reponer la mercadería vendida y llevar la contabilidad. Cuando por fin subía al nivel tierra, su expresión de agotamiento revelaba el comienzo de esa lucha que ha acobardado a tantos principiantes.

Yo me preguntaba si era necesario depender de él para escribir el guión y financiar mi primer cortometraje. Luego de varios días de ese ritmo infernal comprendí que la suerte no podía abandonarme tan rápidamente: allí estaba Shuga, entre dieciocho fieras que el sábado se disputarían una pequeña fortuna en Deauville. Podía ir en moto, pero necesitaba dinero para apostar. Las alternativas eran pedir prestado a Marc y convertirlo en un socio indeseable, que me impondría condiciones, empeñar la filmadora o darle el sablazo a mi amiga.

Sabía que Irene estaba ahorrando para el bebé y que escondía el dinero en algún lugar del apartamento. Con esa actitud no expresaba desconfianza en el banco sino en mí, ya que desde que abrimos una cuenta conjunta busca pretextos para privarme de las pocas satisfacciones que tengo en la vida. A mí no me gusta gritar ni pegarle a mi mujer, pero si me presiona debo recordarle que el apartamento está alquilado a mi hombre y que me resulta sumamente desagradable estar sentado allí como un intruso mientras el crío comienza a ocupar todo el territorio.

Encontré el dinero tras el tabique que oculta los medidores de agua. No era una suma tan grande como para que cayera de rodillas, quejándose con gemidos cortos y agudos, palpándose el vientre deformado. En lugar de esa cara enrojecida hubiera preferido cierta condescendencia, el gesto altivo de la mujer de mundo que entrega a su amante los últimos billetes. Me pregunté si la evolución de la mujer continúa después del parto. Al fecundarla la había transformado, matando para siempre a la joven risueña y despreocupada que conociera unos meses antes.

Llegué a Deauville a la hora del almuerzo, pero como no encontré ningún restaurante barato, comí una omelette en un café de la plaza. Allí me dediqué a estudiar los artículos dedicados al gran premio de la tercera carrera, tratando de calcular las posibilidades de mi favorito. Luego caminé a lo largo de la playa, azotado por una brisa otoñal que ahuyentaba a los bañistas y me dejaba solo con el recuerdo de un rostro descompuesto por el llanto.

El acontecimiento había atraído a numerosos apostadores y curiosos que llegaban de todos los rincones de la ciudad para confluir en la entrada del hipódromo, transformándose en una muchedumbre compacta que se veía obligada a abrirse camino lentamente entre los vehículos que bloqueaban la puerta principal.

Aunque faltaban pocos días para que terminase el verano y los visitantes exhibían una piel saludable, en algunos ojos pude observar una expresión atormentada, como si la acumulación de diversiones y de alcohol se hubiera sedimentado en una profunda fatiga.

La tercera carrera, una recta de 1600 metros, comenzaba a las cuatro de la tarde. Tiempo suficiente para darme cuenta de que ya no cabía ni un espectador más en las gradas y que luego de observar la exhibición de los potros en el corral debería confundirme con la masa que se agolpaba desordenadamente junto a la valla. Mi última posibilidad de arrepentimiento residía en el paseo de los concursantes, en una revelación súbita.

Como el gesto del niño que se me acercó mientras hacía la cola frente a la taquilla de cien francos y agitando dos billetes me pidió que los apostase a ganador y placé a "Minor Swing", el número siete. Siempre he considerado que el siete es un excelente número, factor al cual habría que agregar informaciones más sólidas para tomar una decisión, como el historial del jockey, el handicap, la cuerda de partida y un probable bloqueo de dos enemigos, aliados por primera vez en la arremetida final.

De modo que sin someter la idea a una segunda reflexión, empujado únicamente por el deleite de la incógnita, puse la mitad del fajo de billetes en el siete y la otra mitad en el trece, entregué su boleta al pequeño aventurero y busqué infructuosamente un hueco en el avispero humano que se agitaba frente a la cerca.

Pocos minutos después se largó la carrera. Escuché el anuncio por los altoparlantes, pero los asistentes habían constituido una abigarrada muralla que obstruía mi visión. Unicamente la voz del relator me revelaba el combate que se desarrollaba en la pista, a pocos metros de los cuerpos expuestos al débil sol de agosto. Sin embargo, entre esos seres unidos en estrecho contacto físico no existía sentimiento de comunión alguno, porque cada uno de ellos estaba condenado a vivir para sí mismo, a vociferar el nombre de su caballo hasta que fuera demasiado tarde.

Su desesperación me reveló que al apostar yo buscaba una segunda oportunidad, esa nueva apertura al mundo que nadie me daría jamás, ya que mucho antes alguien había elegido mi ruta, destinándome a continuar a tropezones, como un caballo al que le han puesto orejeras para que responda mejor al látigo.

La voz que relataba la carrera aceleró su descripción, adoptando el tono angustiado del desenlace. Supe que ambos favoritos adelantaban por los costados y sentí la necesidad de gritar a favor de uno de ellos, de elegir entre "Shuga", mi primer amor y "Minor Swing", que dirigido por un jinete más hábil aventajó a todos sus rivales hasta que sus cascos despiadados vencieron al resto de la tropa por dos cuerpos.

Durante algunos minutos permanecí inmóvil, como si me hubiera visto obligado a elegir entre dos mujeres y el esfuerzo hubiera drenado todas las energías de mi cuerpo. Mi primera reacción fue de cólera por el fracaso de "Shuga", por el fin de esa ilusión que me llevó a recorrer doscientos cincuenta kilómetros seguro de que por primera vez tenía una fija.

Mientras la multitud corría hacia los jinetes que regresaban en un desfile de casacas multicolores, precedidos por los fotógrafos de prensa, me apoyé en la cerca y apreté los dientes hasta que el temblor de mi cuerpo desapareció. Cuando estuve en condiciones de caminar me dirigí al interior del edificio a esperar los resultados, sumándome a los jugadores que aguardaban frente a las pantallas.

El chico que me indujo a apostar por "Minor Swing" se detuvo a mi lado y cuando vimos que el número siete pagaba treinta a uno nos dimos la mano, como si ese triunfo compartido nos obligase a un pacto de amistad. Después me condujo a una de las mesas del jardín, proclamó sus beneficios y sonrió orgullosamente cuando todos los presentes aplaudieron. Alguien me puso una copa de champaña en la mano y me ofreció asiento. Me sentía ligeramente mareado. O quizá fuera la emoción de haber ganado y perdido simultáneamente, de codearme por primera vez con esos especímenes que en los hipódromos de París ocupan las mesas del Jockey Club.

Como llevaba la filmadora al hombro, creyeron que era un cineasta en busca de inspiración y yo preferí prolongar el equívoco. La madre de Lucas jamás hubiera invitado a su mesa a un vulgar librero. Supe que era su madre porque tenía los mismos cabellos rubios que se curvaban pesadamente contra la nuca, los mismos ojos verdes capaces de nublarse ante la más mínima contrariedad. Si tenía un padre debía hallarse muy lejos. Demian aparentaba unos veinticinco años y estaba enfrascado en la conquista de Marcel, un joven que se resistía a abandonar la adolescencia y adoptaba aires lánguidos mientras bebía. Rolande ocultaba su edad tras una gruesa capa de maquillaje, pero compensaba su falta de frescura con un despliegue de joyas que desviaba la atención de un rostro desfigurado por varias cirugías plásticas.

Eva jamás sonreía. Se limitaba a fruncir los labios con una mueca de aburrimiento antes de separarlos para sorber más champaña. El único gesto maternal que le observé fue un ademán de aprobación cuando su hijo sacó un billete de cien francos de su cartera para volver a apostar.

—¿Tiene un buen dato para la cuarta carrera?

—Lucas tiene mejores contactos que yo, señora. Me preguntó cómo los obtiene.

—Confiesa, Lucas —bromeó Marcel—. ¿Dónde consigues tus datos?

—Suerte de principiante —afirmó Demian.

—No, simple intuición. Elegí a "Minor Swing" porque me gustaba el número siete —protestó Lucas, que estaba acostumbrado a llevar sus caprichos a los mayores extremos.

Y creo que en eso también se asemejaba a su madre, porque ambos parecían haber decidido que yo les pertenecía durante el fin de semana. Como un amuleto que debía acompañarlos al restaurante, al casino, aconsejarlos en las apuestas, a colmar con su presencia el miedo al vacío de todo jugador. Personalmente prefiero los caballos, los olores, la tensión vital de un hipódromo. Soy un simple bebedor de cerveza y me sentía desorientado junto a esa mujer autoritaria que me indujo a despilfarrar en la ruleta mis ganancias del día. Pero en ese momento no lamenté verme en la imposibilidad de devolverle el dinero a Irene, únicamente el hecho de que Marc no estuviera presente para verme rodeado de ricachones que varias botellas de champaña más tarde me condujeron a una villa frente a la escollera, como quien



lleva de paseo a un nuevo miembro de la banda.

Era medianoche y desde la costa nos llegaba un quejido tenue que se desintegraba en el choque de las copas, el movimiento de los cortinados, los ojos rasgados de esa mujer que bebía despacio, disimulando el placer.

Alguien puso un disco. Quizás hayan sido Demian y Marcel, que en algún momento desaparecieron en los vericuetos de la mansión, o Rolande, que terminó por dormirse sobre un sofá mientras Lucas jugaba con una computadora en el otro extremo de la sala.

Cuando Eva me invitó a bailar olvidé mis pérdidas y pensé únicamente en el cuerpo que me recibía. Entonces comprendí que todos los juegos me guiaban a ella, intenté recordar sus facciones pero su rostro se confundió con el de su hijo mientras la casona avanzaba hacia el mar como un gran cetáceo moribundo.

Crucé las manos sobre su cintura y hundí mi rostro en su cuello, buscando los aromas que adivinaba en el resto de su piel. La madre de Lucas atrapó mi lengua con sus dientes afilados. Me separé de ella para tomar la cámara porque sorpresivamente tuve la visión de esa mujer retorciéndose desnuda sobre la alfombra, iniciando un ritual que desembocaba en la separación de sus muslos mientras el viento rugía sobre su bellísimo rostro impasible.

Ella pareció comprender mi deseo y tomándome de la mano me guió hacia una escalera que conducía a un corredor flanqueado por seis puertas. Antes de que entráramos al primer dormitorio imaginé la furia que terminaría en docilidad, el mentón sobresaliendo en la medialuz, la voz que repetiría mi nombre fijados para siempre en la película.

Hubiera querido prolongar la espera, descubrir gradualmente los secretos de la mujer que giraba el pestillo para conducirme a un enorme aposento iluminado apenas por dos veladores. Pero en la cama que yo supuse vacía, Marcel y Demian se estrechaban en el primer abrazo del verano.

Sus uñas se clavaron en mi muñeca para impedir que retrocediera y tuve la certeza de que no se trataba de una equivocación. En ese instante supe que Eva me destinaba a ser el instrumento de una venganza, que yo era el arma a través de la cual alcanzaría a Demian. Intentó arrebatarme la filmadora y creo que la derribé, porque mientras corría a la playa y vomitaba en la arena recordaba sus ojos asesinos quemándome desde la alfombra.

Las calles de Deauville estaban desiertas cuando regresé en busca de mi moto. Un otoño prematuro sacudía los árboles y el sabor a bilis parecía haberse detenido para siempre en mi paladar. Atravesé un mundo silencioso y oscuro que se asemejaba al casino, a la plaza de la alcaldía, a una desintegrada melodía de blues que me acompañó todo el camino hasta París.

Irene dormía pegada a la cabecera de la cama. Me acosté a su lado y acaricié el vientre erguido, los hombros infantiles. Ella buscó el calor de mi cuerpo sin abrir los ojos y una expresión de ternura distendió su rostro. Marc también me sonrió cuando regresé al trabajo. Las pocas personas que me conocen saben que soy un hombre sencillo, bebedor de cerveza, que de vez en cuando pierde un par de billetes en el hipódromo porque ha visto que "Shuga" vuelve a correr.

a los clientes y él se escondía en el depósito (una cava más apropiada para almacenar vinos que para sentarse a escribir) e insistía en su incómoda labor.

Todos llegamos a un momento de saturación en el cual nuestro trabajo, las personas que nos rodean y la rutina se convierten en una gigantesca deuda que hemos contraído con nosotros mismos. Entonces, las diminutas voces de protesta que antes nos saludaban al amanecer, cuando aterrados por el comienzo de un nuevo día nos mirábamos en el espejo, se transforman en un alarido de impotencia.

Mi adquisición se convirtió así en el instrumento catalizador de la furia acumulada por Marc. Pero lo que para unos es un acto liberador puede constituir para otros el comienzo de la esclavitud. A medida que avanzaba la semana, mi jefe prolongaba su reclusión en el local subterráneo, dejándome la tarea de atender a los clientes, reponer la mercadería vendida y llevar la contabilidad. Cuando por fin subía al nivel tierra, su expresión de agotamiento revelaba el comienzo de esa lucha que ha acobardado a tantos principiantes.

Yo me preguntaba si era necesario depender de él para escribir el guión y financiar mi primer cortometraje. Luego de varios días de ese ritmo infernal comprendí que la suerte no podía abandonarme tan rápidamente: allí estaba Shuga, entre dieciocho fieras que el sábado se disputarían una pequeña fortuna en Deauville. Podía ir en moto, pero necesitaba dinero para apostar. Las alternativas eran pedir prestado a Marc y convertirlo en un socio indeseable, que me impondría condiciones, empeñar la filmadora o darle el sablazo a mi amiga.

Sabía que Irene estaba ahorrando para el bebé y que escondía el dinero en algún lugar del apartamento. Con esa actitud no expresaba desconfianza en el banco sino en mí, ya que desde que abrimos una cuenta conjunta busca pretextos para privarme de las pocas satisfacciones que tengo en la vida. A mí no me gusta gritar ni pegarle a mi mujer, pero si me presiona debo recordarle que el apartamento está alquilado a mi hombre y que me resulta sumamente desagradable estar sentado allí como un intruso mientras el crío comienza a ocupar todo el territorio.

Encontré el dinero tras el tabique que ocultaba los medidores de agua. No era una suma tan grande como para que cayera de rodillas, quejándose con gemidos cortos y agudos, palpándose el vientre deformado. En lugar de esa cara enrojecida hubiera preferido cierta condescendencia, el gesto altivo de la mujer de mundo que entrega a su amante los últimos billetes. Me pregunté si la evolución de la mujer continúa después del parto. Al fecundarla la había transformado, matando para siempre a la joven risueña y despreocupada que conociera unos meses antes.

Llegué a Deauville a la hora del almuerzo, pero como no encontré ningún restaurante barato, comí una omelette en un café de la plaza. Allí me dediqué a estudiar los artículos dedicados al gran premio de la tercera carrera, tratando de calcular las posibilidades de mi favorito. Luego caminé a lo largo de la playa, azotado por una brisa otoñal que ahuyentaba a los bañistas y me dejaba solo con el recuerdo de un rostro descompuesto por el llanto.

El acontecimiento había atraído a numerosos apostadores y curiosos que llegaban de todos los rincones de la ciudad para confluir en la entrada del hipódromo, transformándose en una muchedumbre compacta que se veía obligada a abrirse camino lentamente entre los vehículos que bloqueaban la puerta principal.

Aunque faltaban pocos días para que terminase el verano y los visitantes exhibían una piel saludable, en algunos ojos pude observar una expresión atormentada, como si la acumulación de diversiones y de alcohol se hubiera sedimentado en una profunda fatiga.

La tercera carrera, una recta de 1600 metros, comenzaba a las cuatro de la tarde. Tiempo suficiente para darme cuenta de que ya no cabía ni un espectador más en las gradas y que luego de observar la exhibición de los potros en el corral debería confundirme con la masa que se agolpaba desordenadamente junto a la valla. Mi última posibilidad de arrepentimiento residía en el paseo de los concursantes, en una revelación súbita.

Como el gesto del niño que se me acercó mientras hacía la cola frente a la taquilla de cien francos y agitando dos billetes me pidió que los apostase a ganador y placé a "Minor Swing", el número siete. Siempre he considerado que el siete es un excelente número, factor al cual habría que agregar informaciones más sólidas para tomar una decisión, como el historial del jockey, el handicap, la cuerda de partida y un probable bloqueo de dos enemigos, aliados por primera vez en la arremetida final.

De modo que sin someter la idea a una segunda reflexión, empujado únicamente por el deleite de la incógnita, puse la mitad del fajo de billetes en el siete y la otra mitad en el trece, entregué su boleta al pequeño aventurero y busqué infructuosamente un hueco en el avispero humano que se agitaba frente a la cerca.

Pocos minutos después se largó la carrera. Escuché el anuncio por los altoparlantes, pero los asistentes habían constituido una abigarrada muralla que obstruía mi visión. Únicamente la voz del relator me revelaba el combate que se desarrollaba en la pista, a pocos metros de los cuerpos expuestos al débil sol de agosto. Sin embargo, entre esos seres unidos en estrecho contacto físico no existía sentimiento de comunión alguno, porque cada uno de ellos estaba condenado a vivir para sí mismo, a vociferar el nombre de su caballo hasta que fuera demasiado tarde.

Su desesperación me reveló que al apostar yo buscaba una segunda oportunidad, esa nueva apertura al mundo que nadie me daría jamás, ya que mucho antes alguien había elegido mi ruta, destinándome a continuar a tropezones, como un caballo al que le han puesto orejeras para que responda mejor al látigo.

La voz que relataba la carrera aceleró su descripción, adoptando el tono angustiado del desenlace. Supe que ambos favoritos adelantaban por los costados y sentí la necesidad de gritar a favor de uno de ellos, de elegir entre "Shuga", mi primer amor y "Minor Swing", que dirigido por un jinete más hábil aventajó a todos sus rivales hasta que sus cascos despiadados vencieron al resto de la tropa por dos cuerpos.

Durante algunos minutos permanecí inmóvil, como si me hubiera visto obligado a elegir entre dos mujeres y el esfuerzo hubiera drenado todas las energías de mi cuerpo. Mi primera reacción fue de cólera por el fracaso de "Shuga", por el fin de esa ilusión que me llevó a recorrer doscientos cincuenta kilómetros seguro de que por primera vez tenía una fija.

Mientras la multitud corría hacia los jinetes que regresaban en un desfile de casacas multicolores, precedidos por los fotógrafos de prensa, me apoyé en la cerca y apreté los dientes hasta que el temblor de mi cuerpo desapareció. Cuando estuve en condiciones de caminar me dirigí al interior del edificio a esperar los resultados, sumándome a los jugadores que aguardaban frente a las pantallas.

El chico que me indujo a apostar por "Minor Swing" se detuvo a mi lado y cuando vimos que el número siete pagaba treinta a uno nos dimos la mano, como si ese triunfo compartido nos obligase a un pacto de amistad. Después me condujo a una de las mesas del jardín, proclamó sus beneficios y sonrió orgullosamente cuando todos los presentes aplaudieron. Alguien me puso una copa de champaña en la mano y me ofreció asiento. Me sentía ligeramente mareado. O quizá fuera la emoción de haber ganado y perdido simultáneamente, de codearme por primera vez con esos especímenes que en los hipódromos de París ocupan las mesas del Jockey Club.

Como llevaba la filmadora al hombro, creyeron que era un cineasta en busca de inspiración y yo preferí prolongar el equívoco. La madre de Lucas jamás hubiera invitado a su mesa a un vulgar librero. Supe que era su madre porque tenía los mismos cabellos rubios que se curvaban pesadamente contra la nuca, los mismos ojos verdes capaces de nublarse ante la más mínima contrariedad. Si tenía un padre debía hallarse muy lejos. Demian aparentaba unos veinticinco años y estaba enfrascado en la conquista de Marcel, un joven que se resistía a abandonar la adolescencia y adoptaba aires lánguidos mientras bebía. Rolande ocultaba su edad tras una gruesa capa de maquillaje, pero compensaba su falta de frescura con un despliegue de joyas que desviaba la atención de un rostro desfigurado por varias cirugías plásticas.

Eva jamás sonreía. Se limitaba a fruncir los labios con una mueca de aburrimiento antes de separarlos para sorber más champaña. El único gesto maternal que le observé fue un ademán de aprobación cuando su hijo sacó un billete de cien francos de su cartera para volver a apostar.

—¿Tiene un buen dato para la cuarta carrera?

—Lucas tiene mejores contactos que yo, señora. Me preguntó cómo los obtiene.

—Confiesa, Lucas —bromeó Marcel—. ¿Dónde consigues tus datos?

—Suerte de principiante —afirmó Demian.

—No, simple intuición. Elegí a "Minor Swing" porque me gustaba el número siete —protestó Lucas, que estaba acostumbrado a llevar sus caprichos a los mayores extremos.

Y creo que en eso también se asemejaba a su madre, porque ambos parecían haber decidido que yo les pertenecía durante el fin de semana. Como un amuleto que debía acompañarlos al restaurante, al casino, aconsejarlos en las apuestas, a colmar con su presencia el miedo al vacío de todo jugador. Personalmente prefiero los caballos, los olores, la tensión vital de un hipódromo. Soy un simple bebedor de cerveza y me sentía desorientado junto a esa mujer autoritaria que me indujo a despilfarrar en la ruleta mis ganancias del día. Pero en ese momento no lamenté verme en la imposibilidad de devolverle el dinero a Irene, únicamente el hecho de que Marc no estuviera presente para verme rodeado de ricachones que varias botellas de champaña más tarde me condujeron a una villa frente a la escollera, como quien lleva de paseo a un nuevo miembro de la banda.



Era medianoche y desde la costa nos llegaba un quejido tenue que se desintegraba en el choque de las copas, el movimiento de los cortinados, los ojos rasgados de esa mujer que bebía despacio, disimulando el placer.

Alguien puso un disco. Quizás hayan sido Demian y Marcel, que en algún momento desaparecieron en los vericuetos de la mansión, o Rolande, que terminó por dormirse sobre un sofá mientras Lucas jugaba con una computadora en el otro extremo de la sala.

Cuando Eva me invitó a bailar olvidé mis pérdidas y pensé únicamente en el cuerpo que me recibía. Entonces comprendí que todos los juegos me guiaban a ella, intenté recordar sus facciones pero su rostro se confundió con el de su hijo mientras la casona avanzaba hacia el mar como un gran cetáceo moribundo.

Crucé las manos sobre su cintura y hundí mi rostro en su cuello, buscando los aromas que adivinaba en el resto de su piel. La madre de Lucas atrapó mi lengua con sus dientes afilados. Me separé de ella para tomar la cámara porque sorpresivamente tuve la visión de esa mujer retorciéndose desnuda sobre la alfombra, iniciando un ritual que desembocaba en la separación de sus muslos mientras el viento rugía sobre su bellísimo rostro impasible.

Ella pareció comprender mi deseo y tomándome de la mano me guió hacia una escalera que conducía a un corredor flanqueado por seis puertas. Antes de que entráramos al primer dormitorio imaginé la furia que terminaría en docilidad, el mentón sobresaliendo en la medialuz, la voz que repetiría mi nombre fijados para siempre en la película.

Hubiera querido prolongar la espera, descubrir gradualmente los secretos de la mujer que giraba el pestillo para conducirme a un enorme aposento iluminado apenas por dos veladores. Pero en la cama que yo supuse vacía, Marcel y Demian se estrechaban en el primer abrazo del verano.

Sus uñas se clavaron en mi muñeca para impedir que retrocediera y tuve la certeza de que no se trataba de una equivocación. En ese instante supe que Eva me destinaba a ser el instrumento de una venganza, que yo era el arma a través de la cual alcanzaría a Demian. Intentó arrebatarme la filmadora y creo que la derribé, porque mientras corría a la playa y vomitaba en la arena recordaba sus ojos asesinos quemándome desde la alfombra.

Las calles de Deauville estaban desiertas cuando regresé en busca de mi moto. Un otoño prematuro sacudía los árboles y el sabor a bilis parecía haberse detenido para siempre en mi paladar. Atravesé un mundo silencioso y oscuro que se asemejaba al casino, a la plaza de la alcaldía, a una desintegrada melodía de blues que me acompañó todo el camino hasta París.

Irene dormía pegada a la cabecera de la cama. Me acosté a su lado y acaricié el vientre erguido, los hombros infantiles. Ella buscó el calor de mi cuerpo sin abrir los ojos y una expresión de ternura distendió su rostro. Marc también me sonrió cuando regresé al trabajo. Las pocas personas que me conocen saben que soy un hombre sencillo, bebedor de cerveza, que de vez en cuando pierde un par de billetes en el hipódromo porque ha visto que "Shuga" vuelve a correr.



LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

5. Sólo los pájaros

Cuando se enumeran los sistemas de propiedad, generalmente no se toma en cuenta el de los enamorados: cualquier pareja de enamorados sabe que ciertos rincones de su ciudad son de ellos, a la vez que públicos y de todos, y ellos admiten, incluso con alegría, que otros enamorados tengan el mismo sentimiento de propiedad sobre el mismo objeto.

—Te voy a llevar a una placita solamente para pájaros —le dijo Claudio a Viviana. A dos cuadras de la biblioteca municipal, por la avenida, hay una plazoleta rodeada por verjas: algún funcionario, harto de que le pisaran los canteros, tomó la decisión extrema de encerrar la plazoleta, con el resultado de que sólo los pájaros son libres de acceder a ese lugar encerrado; por fuera hay unos bancos donde el lector del folletín, hoy, y aquel día Claudio y Viviana pudieron detenerse a mirar esa especie de parque nacional microscópico. Ese fue el primer lugar que hicieron suyo, tal vez más suyo porque fue allí donde aún no se besaron aunque deseaban hacerlo. Tres cuadras más allá, hacia el noroeste por la misma avenida, hay una plaza, ésta accesible a los humanos, donde en otro tiempo hubo un hospital universitario que se mudó a un edificio enorme y oscuro; del hospital demolido quedaron unos árboles de convalecencia y una capilla. La plaza es un poco laberíntica; la capilla está en el centro, y hay que rodearla para descubrir, como lo hicieron Claudio y Viviana, un pequeño lugar de intimidad. La vieja construcción y los árboles de convalecencia protegen el rincón donde un cordón de cemento sirve de banco; contra la pared lateral de la capilla el solitario puede hallar respaldo, o, siendo dos, puede el hombre apoyar la espalda mientras la muchacha se sienta a su lado, ella sin apoyo hasta que llegue la confianza de reclinarse sobre el pecho de él. La avenida corre a esa altura en un declive que hace fácil la ilusión de que fuese un río, y su rumor llega suave. Y el hombre apoyado contra el muro puede ver, ahí nomás, una estatua donde, a contraluz del crepúsculo, un ser de labios entreabiertos alza sus manos como en súplica o caída.

En ese lugar Claudio busca en los ojos de Viviana la señal de asentimiento, sí: entonces, los labios sobre los labios, primero secos por la ansiedad que precede al primer beso; la lengua de él, como pequeño pez discreto moja los labios de ella que se entreabren; labios húmedos se deslizan sobre labios y la mano del hombre, al acariciar el pelo, sostiene la cabeza de la mujer. Pero la lengua del hombre se ha ido al interior de su acuario mínimo, la boca, y los labios de Viviana buscan el pez que ha huido, su boca entonces rodea los labios de Claudio, labios de mujer como piernas que ciñeran muslos de hombre, y entonces, sí, la lengua pez entra en la boca de ella, con cautela y luego, en vuelco súbito, como dueño de casa. Viviana lo recibe con la bienvenida del solitario; peces hermanos entre las paredes blandas del acuario crecido, la mujer se arriesga hacia la boca del hombre, el hombre acepta en su recinto la lengua viril de la mujer, y luego luchan, los idénticos peces se enfrentan un instante hasta acordar un juego, una danza en el acuario. Claudio y Viviana están solos, protegidos por los árboles de convalecencia. Ella deja descansar su cuerpo sobre el hombre, el brazo de Claudio atrae la espalda, su mano ciñe la cintura y los cuerpos se aprietan, el sexo de él se alza preso en la ropa, y la pared vieja y sagrada sostiene al hombre que sostiene a la mujer. Ahora Claudio, en variación del juego, hace intervenir el filo sin ofensa de sus dientes, pero entonces Viviana, la portadora, se asusta: ¿no le transmitirá el mal? El ignora el mal en ella, Viviana se dice que no, no así se transmite el mal, pero vacila, se confunde, no sabe, tal vez sí, ella está sola sobre el cemento, aparta la boca pero el hombre, malentendiendo, deja derivar su lengua, pez libre, por la mejilla de la chica, la lengua lleva su agua por la oreja dulceamarga, se atreve hasta el cuello, hacia la nuca escondida, Viviana lo aparta con brazos firmes.

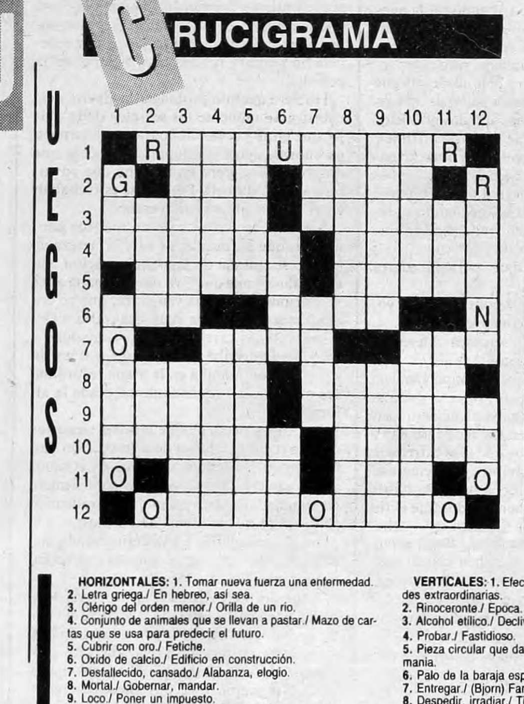
¿Qué pasa? Claudio ve la huida de los ojos de Viviana, por un momento ve la cara sin nada que aflora cuando caen las caras de mujer. Todo ha quedado inmóvil, los árboles, los chicos lejanos, la avenida fluvial, la estatua de labios entreabiertos. Nada, no pasa nada, Viviana se ampara en la mentira viejísima, no tengo nada, la verdad viejísima, abrazame, por favor abrazame.

No tiene nada.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES: 1. Tomar nueva fuerza una enfermedad.
2. Letra griega./ En hebreo, así sea.
3. Clérigo del orden menor./ Orilla de un río.
4. Conjunto de animales que se llevan a pastar./ Mazo de cartas que se usa para predecir el futuro.
5. Cubrir con oro./ Fetiche.
6. Oxido de calcio./ Edificio en construcción.
7. Desfallecido, cansado./ Alabanza, elogio.
8. Mortal./ Gobernar, mandar.
9. Loco./ Poner un impuesto.
10. Canto rítmico de los marineros./ Calabaza ovoide en que se toma chicha.
11. Utilizar./ Todavía.
12. Dentista.

VERTICALES: 1. Efecto cómico visual./ Estatua de magnitudes extraordinarias.
2. Rinoceronte./ Epoca.
3. Alcohol etílico./ Declive de un terreno.
4. Probar./ Fastidioso.
5. Pieza circular que da movimiento a los vehículos./ De Alemania.
6. Palo de la baraja española (pl.)./ Abreviatura de artículo.
7. Entregar./ (Bjorn) Famoso tenista sueco.
8. Despedir, irradiar./ Tierra inculta.
9. Planta gramínea, base de la cerveza./ Lloviznó.
10. Mes del año./ (Voz inglesa) Sala de estar.
11. Lista, nómina./ Rezar.
12. Hembra del ratón./ Acusado de un delito.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiento las flechas.

Parapeto hecho en una calle · Juglar que hace reír · Utensilio usado para rasar (pl.) · Levanté la bandera · Dueña · Persistieron · Nodriza · Carburo de hidrógeno · Señalé el peso neto · En grado sumo · Celebrará · Acecha · Yerno de Mahoma · Ansar · Cerveza ligera · Relatora · (Papá) Personaje de la Navidad · Planta hortense · Prefijo: después · Vano, fútil

AYUDAS: Barricada, Pos.

SOLUCIONES

■RECRUDECER■
G■TAU■AMEN■R
ABATE■RIBERA
GANADO■TAROT
■DORAR■IDOLO
CAL■■OBRA■■N
O■■LASO■■LOA
LETAL■REGIR■
ORATE■GRAVAR
SALOMA■IRIRE
O■USAR■AUN■O
■ODONTOLOGO■

BARRICADA
U■A■C■MUY
FESTEJARA
OTEA■■■A■
NARRADORA
■NOEL■COL
POS■INANE